# LA POESIA ANDALUZA DE HOY

**Alfonso Canales**

Para enfocar con posible acierto el panorama de la poesía andaluza actual, la primera cuestión que tenemos que dilucidar es la de qué debe entenderse por poesía andaluza. Si decidimos contestar a la ligera diremos que poesía andaluza es la que hacen o han hecho los poetas nacidos en Andalucía, con lo que concederemos al hecho fortuito del nacimiento una importancia desmesurada y, por supuesto, caeremos en el error de afirmar, pongo por caso, que **Campos de Castilla,** de Antonio Machado, es un libro andaluz.

Podríamos decir también que poesía andaluza es la que se produce a partir de un talante andaluz, por poetas vinculados —por nacimiento o por cualquier otra causa— con Andalucía. Pero, ¿existe un talante andaluz? Y, en última instancia, ¿qué es Andalucía?

Enrique Molina Campos, en una conferencia pronunciada en el Ateneo de Málaga («Ser y estar de la poesía andaluza»), apuntaba una primera y —según él— rudimentaria división entre actitudes «optimistas» (o «topicistas») y actitudes «pesimistas» (o «críticas»). La lista de los andaluces del primer grupo podría empezar, según Molina, por Estébanez Calderón y seguir con Muñoz y Pabón, los hermanos Quintero, Pemán, etc. Entre los del segundo grupo, citó a Valera, al Alarcón de **El niño de la bola,** al Palacio Valdés de **Los majos de Cádiz,** a Juan Díaz del Moral y, ya en nuestro tiempo, a Ricardo Molina, Caballero Bonald, Alfonso Grosso, Manuel Barrios, Antonio Burgos y Alfonso Carlos Comín. La raíz de este sector de preocupados por la realidad andaluza podría rastrearse en Arjona y en Blanco White.

En cualquier caso, la mayor interrogante reside en Andalucía misma como ente de la geografía humana. Fue José Antonio Muñoz Rojas quien, a mi juicio, se pronunció con mayor acierto acerca de la pluralidad esencial de nuestra región. Dejando aparte la artificiosa clasificación provincial del conocido poema de Manuel Machado, resulta notorio que al menos hay tres Andalucías: la alta, la baja y la de las marismas. O dos: la Bética y la Penibética.

Si pensamos que la actual Andalucía no pasa de ser una tierra conquistada (una «Castilla la Novísima»), la diversidad habrá venido dada por la mayor o menor antigüedad del asentamiento de los conquistadores, por la mayor o menor resistencia cultural de los conquistados y, por supuesto también, por los ingredientes raciales de unos y de otros, así como por los aditamentos que los alteraron con posterioridad, en la costa y en el interior, con muy diverso grado.



BOLETÍN AEPE Nº 24. Alfonso CANALES. LA POESIA ANDALUZA DE HOY

Centro Virtual Cervantes

Lo que resulta desconcertante es que, a pesar del batiburrillo que Andalucía es, tanto si la consideramos geográficamente como si queremos calar en la distribución histórica de sus moradores o en lo que los mismos han pensado y piensan de su **habitat,** nuestra región, en su conjunto, ofrece al mundo una fisonomía que, a veces, suplanta, con aparente unidad, a la mucho más diversa fisonomía de España. ¿Es que esta tierra, colofón de la conquista que duró ocho siglos, resume la nacionalidad que, según Américo Castro, fundió en un producto nuevo a cristianos, moros y judíos? ¿Es que la alegre cara —sólo alegre la cara— de nuestro folklore se presta más a una simplista exportación? ¿O es que, por conquistados más tardíos, gozamos por más tiempo de la actitud permisiva de los musulmanes, y aquí pudieron mantenerse y rebrotar más antiguas culturales, coadyuvantes —como quiere Sánchez Albornoz— a la vigente faz de la Península Ibérica? No sé. Pero en la literatura de Despeñaperros para abajo —y más concretamente en la poesía— se delatan constantes formales que no podemos atribuir a la casualidad. Ya volveremos sobre ello. Por ahora me interesa consignar que, sea cual sea el criterio de calificación que adoptemos, existen unas maneras de poetizar que han sido calificadas —con buena o con mala intención— de andaluzas. Y, estadísticamente hablando, no se puede negar que Andalucía ha dado siempre —incluso antes de ser conocida con su nombre actual— una recurrente cosecha de eficacísimos poetas.

En definitiva, la estadística nos enseña que **se canta lo que se pierde,** y los andaluces, hasta ahora, lo hemos venido dando todo por perdido de antemano. Perdida ha estado casi siempre Andalucía (digo casi acordándome de Tartessos y del Califato de Córdoba) en el sentido en que, hasta hace poco, se llamaba perdida a una mujer seducida y abandonada, que acaba por entregarse a eso que, paradójicamente, se conoce como «vida alegre». A los seductores les encanta ver que sus víctimas dan señales de consuelo: eso tranquiliza sus conciencias. Y a las otras víctimas que salen más agriamente respondonas les irrita que pueda darse un dolor con elegancia llevado, ayes que acaban en música mientras la voz aguante, acumulando la ira para cuando sea posible darle suelta.

Don Miguel de Cervantes —que tanta ocasión tuvo de conocernos— puso a los poetas andaluces en cabeza de los que dieron brillo al oro de un siglo en el que no era oro todo lo que relucía. Se ha hablado de un nuevo Siglo de Oro, a propósito de la llamada generación del 27, y es evidente que esa generación se fraguó aquí en el sur de la Península: de los diecisiete poetas que recogió Gerardo Diego en su **Antología** de 1931 sólo seis no eran andaluces.

A los andaluces se nos tacha de ocurrentes, de hábiles en sustituir el genio por el ingenio, de gastar la pólvora en salvas. También se nos moteja de barrocos y de manieristas —que es una forma actualizada de decir (eufemísticamente) amanerados—. Pero es que lo que casi siempre se ha propiciado es la Andalucía típica y tópica. Los poetas andaluces anecdóticos son los que se jalean, quizá porque no plantean problemas.

El ser humano se caracteriza por su deseo de simplificar, de encerrar en una fórmula lo que se le aparece como ininteligible cuando intenta la matización. El conocimiento de una región tan plural —tanto en su geografía como en su historia— exige un atento estudio que muy pocos se han dignado afrontar. Es más fácil decir, con consoladora destilación, que el andaluz es gracioso, como es laborioso el catalán, testarudo el aragonés, austero el castellano y retorcido el gallego. Pero ¿quién es el andaluz, quién el catalán, quién el aragonés, quién el castellano y quién el gallego? Los arquetipos no hacen sino suplantar la realidad que intentan encarnar. Y lo arquetípico suele ser el ma-



BOLETÍN AEPE Nº 24. Alfonso CANALES. LA POESIA ANDALUZA DE HOY
Centro Virtual Cervantes

terial de urgencia en el que escarban los pensadores apresurados, cuando no los malévolos.

Ya he dicho que el andaluz ha entendido casi siempre que no es posible la hondura poética sin la eficacia formal. El crítico simplificador dirá que el poeta andaluz antepone a lo dicho la manera de decir: lo que, generalizando, no es absolutamente exacto. Lo que pasa es que el crítico simplificador sólo logra llegar al fondo del poema si no lo distraen las barreras formales, en las que suele quedar enredado como en una valla de espinos. Y lo que pasa también es que, a fuerza de enredarse, opta por quedarse fuera de la cerca, observando sus recurrentes floraciones primaverales (cuanto más llamativas, mejor).

Dije que aquí en Andalucía, la poesía es estadísticamente endémica. Pero también he insinuado la existencia de constantes poéticas andaluzas. ¿Existen en verdad esas constantes? Y, en caso afirmativo, ¿cuáles son?

Por lo que se refiere a la estructura poemática, dícese que el poeta andaluz propende a lo barroco. ¿Y qué es lo barroco? ¿Una simple floritura pospuesta a las esenciales líneas formales del poema, como mero adorno carente de funcionalidad? Yo creo que no. El árbol no es más auténticamente árbol en otoño que en primavera. La hoja, la flor y el fruto no sólo no restan entidad al esquema del tronco y de las ramas, sino que constituyen su consecuencia ineludible. Los poetas andaluces son barrocos, en cuanto que tienen la convicción de que las simplicidades son inasibles, y de que no nos es dado comprender el árbol si no nos cobijamos bajo su primaveral o estival sombra completa.

Cuando los poetas de la generación del 27 se rebelaron contra los modos al uso, izaron como bandera el antecedente del cordobés don Luis de Góngora, sin duda a propuesta de su mejor albacea, Dámaso Alonso.

Una contribución destacable fue la **Antología en honor de Góngora** que publicó Gerardo Diego. En ella se recogieron las consecuencias del gongorismo, como tratando de demostrar que sus hallazgos formales no habían caído en saco roto.

Pero, a propósito de esta contribución, quiero recordar —y a eso iba— que en el año 1961 se editó en Málaga un cuaderno en homenaje a Góngora, cuidado por Bernabé Fernández-Canivell y concertado por quien les habla, en el que se intentaba completar la **Antología** de Gerardo mediante un florilegio de poesía cordobesa que podría servirle de precedente. Aunque hay que confesar que —aparte de los textos originales— dimos a Lucano en la versión de Jáuregui, y que los traductores de Séneca y de Ibn Hazm procuramos arrimar el ascua a la sardina de nuestra tesis, resulta evidente que algo hay en la poesía latina de Córdoba que se perpetúa en la poesía arábigo-andaluza, que remanece en Juan de Mena, en Juan Rufo y en Pablo de Céspedes, y que Góngora recoge y sabe potenciar. La poesía barroca andaluza no fue mera invención suya.

La segunda nota que se asigna al poeta andaluz es su resignado senequismo, o sea su ostentada capacidad de aguante. El mismo don Manuel Azaña hubo de desconcertarse cuando los anarquistas de Casas Viejas se manifestaron de una manera tan poco consecuente con los estoicos principios andaluces que impregnan nuestra poesía, según sus sabios comentaristas. El poeta andaluz propende, por muy barroco que sea, a centrarse en los temas humanos fundamentales: Dios, la vida, el amor, la muerte... Y tiene



BOLETÍN AEPE Nº 24. Alfonso CANALES. LA POESIA ANDALUZA DE HOY
Centro Virtual Cervantes

total conocimiento de que cuanto no afecta a esos temas es pura frivolidad. Por eso no participó el poeta andaluz de una manera muy activa en el movimiento de la llamada «poesía social». Hay quienes olvidan quizá que el que muerde es el perro que no ladra. Esperamos que esto se tenga en cuenta.

He dicho que el poeta andaluz no participó demasiado activamente en el movimiento de la «poesía social». Debo aclarar esta afirmación. La alergia de los andaluces hacia tal moda (sucedánea de una entonces imposible poesía política) repelió más la desmañada forma con la que solía caerse en el panfleto versificado —o versiculizado— que la posible frivolidad de los temas de ocasión. Porque es que, además, los andaluces siempre hemos contado —y ahora se está manifestando en los **happenings** poéticos— con una lírica eminentemente social. Sirvan estas muestras populares:

«Fui jilguero desgraciado
que, apenas salí del nido,
me cogieron en la trampa:
por dos cuartos fui vendido.»

«Hombre pobre huele a muerto:
a la hoyanca con él.
Que el que no tiene pesetas
**requiescat in pace amén.**»

«Ahora que soy el yunque
me precisa el aguantar:
si algún día soy martillo
ya te puedes preparar.»

La poesía andaluza que más se ha aireado por el mundo es la más topiquera. No se suele insistir en que también las becquerianas **Rimas** (calificadas por Núñez de Arce como «suspirillos germánicos») y los poemas de Cernuda (de los que, como se recordará, Juan Ramón decía que parecían traducciones) son creaciones andaluzas. De esa veta conectada con las más claras fuentes universales de la poesía manan las más recientes voces de la Bética, confortadas con la recepción y el eco que han logrado, primero en otras regiones mediterráneas y luego en distintos contornos.

Cuando Pedro Gimferrer y Guillermo Carnero publicaron sus primeros libros, los andaluces pensamos que el concepto andaluz de la poesía empezaba a ser tenido en cuenta: que habíamos encontrado una suerte de solidaridad más allá de nuestras fronteras regionales. Se llamó hallazgo a lo que hasta entonces se había llamado adorno. Se redescubre a Ricardo Molina, a Pablo García Baena, a Soto Vergés, a Alvarez Ortega y a Caballero Bonald. Quedan aún muchas tierras por descubrir. Lo que importa es que sepan, más allá de Puerto Lápice, que no toda la poesía de aquí abajo se acaba en los antologados por Bruno Portillo y Enrique Vázquez en 1914, ni siquiera en los recogidos por José Luis Cano en 1952.

Mucho nos queda por hacer hasta que la poesía andaluza llegue a sonar, en el concierto de las voces peninsulares, como un coro trabado. Lo primero, fulminar a los vocingleros de jolgorios pueblerinos. No abundemos en confusiones: la poesía es una cosa muy seria que no acaban de entender los delegados de fiestas.



BOLETÍN AEPE Nº 24. Alfonso CANALES. LA POESIA ANDALUZA DE HOY
Centro Virtual Cervantes

También es preciso que los andaluces contemos con nuestras propias editoriales y nuestras propias —y eficientes— distribuidoras. Bien están las ediciones numeradas para los bibliófilos. Pero no lograremos que la literatura andaluza tenga la resonancia que debe tener mientras los escritores del sur sigan dependiendo de los gustos impuestos por los escritores del norte. Hoy están de moda las letras andaluzas porque un grupo de jóvenes catalanes y levantinos han volcado su atención sobre ellas. ¿Y mañana? ¿No se nos volverá a tachar mañana de preciosistas? ¿No se volverán a correr mañana los metálicos telones de la incomprensión con el pretexto de que los sureños no nos ponemos a tono con lo exigido por el cambio de los tiempos? Las voces de un grupo humano son tanto más autóctonas cuanto más siguen, con total independencia, sus propias evoluciones. La poesía andaluza, como la poesía de todos los pueblos, tiene su veta popular y su veta culta: en cada una de estas vetas se da, y se dará siempre, un filón válido y una ganga tarada de falsedad. Pero hemos de ser nosotros, no la crítica centralizada, los que discriminemos entre lo que merece ser difundido y lo que ha de quedar como pecado oculto.

Hay que reconocer que algunas Universidades de nuestra región están llevando a cabo una plausible tarea al respecto. La de Granada y la de Sevilla cuentan con Servicios de Publicaciones en los que se presta especial atención a la literatura y a la poesía andaluza. Pero siempre falla la distribución. Los organismos comercialmente asépticos suelen dar por finalizada su labor con el alumbramiento del libro. Lo que pase después no les importa. Lo alumbrado —es un decir— se amontona en algún polvoriento rincón de las estancias burocráticas, a la espera de que alguien se entere de su existencia y sepa luchar a brazo partido con las dificultades que comporta la consecución de un ejemplar.

El andaluz, que con tanto provecho como trampa ha conseguido industrializar su folklore, no ha logrado, en cambio, industrializar sus libros. Aquí, por lo general, hay que emigrar para que le lean a uno.

Siempre nos están exigiendo responsabilidades. ¿Pero a quiénes acudimos los andaluces con igual demanda? Es cierto que en parte somos culpables de descargar nuestras obligaciones en los que, llovidos de lo alto, rigen nuestros destinos. Mas ¿no nos han malacostumbrado a ello?

Estoy hablando de poesía, pero también me estoy refiriendo a ese fenómeno oscuro, en cuanto que se produce en esta tierra mal roturada por propios y extraños. La poesía —lo he proclamado en otras ocasiones— constituye una tarea insensata. Sin embargo, de insensateces está hecha la historia del mundo. Y los locos y los niños es sabido que son los que suelen decir las verdades. Los poetas tienen una vena de locura, pero esa misma vena los libra, en lo que cabe (como decía Shakespeare), de caer en la necedad. A los poetas hay que oírlos. Aunque se salgan por peteneras, hay que oírlos, porque luego resulta que avisaban.

La poesía se diferencia de otras disciplinas —si disciplina, y no indisciplina, es— en que no puede programarse. A la poesía programada le sucede lo que a la poesía de encargo: que nace muerta. En los momentos actuales la conciencia de las peculiaridades andaluzas, mucho más complejas que las ostentadas por otras regiones peninsulares, parece ser que late en carne viva. Y, como es natural, los poetas de esta tierra, sobre todo los más recientes, se aprestan a cantar en el coro de los que reivindican una posi-



BOLETÍN AEPE Nº 24. Alfonso CANALES. LA POESIA ANDALUZA DE HOY
Centro Virtual Cervantes

ción más digna en el concierto. Es justo que así sea, no porque la poesía haya de ser necesariamente instrumento de reivindicaciones, sino porque es el único medio que los poetas tienen para insertarse en el tiempo que les tocó vivir (y toda letra que no se inserta en su propio tiempo es letra muerta, sin música posible). Pero insisto en que la poesía no puede programarse. Cuantos se apuntan a un movimiento con el que no comulgan íntimamente, por el mero hecho de que está de moda, falsean su intimidad y han de quedar por fuerza descalificados.

No queramos caer ahora los poetas andaluces, en bloque, en una nueva suerte de poesía social o política. A los fenómenos esenciales —y para mí la poesía lo es— los adjetivos, más que calificar, descalifican.

El poeta cuya cuerda más sensible sea la que le hace vibrar con los temporales acontecimientos que acucian a su medio vital, bien hará en pulsar una y otra vez esa cuerda, hasta que se rompa o se destemple. Pero no nos es lícito abundar en posturas panfletarias por la mera razón de que son esas posturas las que se oyen y se aplauden.

El poeta catalán, o el gallego, o el vasco, que se siente incardinado en su país, se limita a usar su lengua vernácula, con lo que ya hace una labor en pro de su peculiar cultura. Y cuando hace de su canto un tratado de disconformidades es cuando no encuentra otras vías más aptas para decir lo que el verso repele por naturaleza: lo programático.

Si es cierto que Andalucía, a pesar de su variopinta apariencia, cuenta en sus modos de ser con unas notas que, desde que se configuró como región, la han caracterizado, insistamos en esas notas. No es cosa de que nos pongamos a hablar el mozárabe de las jarchas. Nosotros, a diferencia de los catalanes, de los gallegos y de los vascos, carecemos de un idioma que nos caracterice. Pero si no tenemos un idioma, sí que contamos con un lenguaje tan inconfundible como el que más (por descontado que no me refiero a la mera prosodia).

Los andaluces hemos querido distinguir siempre entre la palabra hablada (simplificado logaritmo, a través de cuyos esquemas conceptuales y formales nos entendemos en las utilitarias faenas de diario) y la palabra escrita o cantada, en la que «echamos el resto», inventando deformaciones expresivas, complicando la sintaxis, haciendo de la lengua castellana un tesoro de matizaciones donde caben todas las capas culturales de un mundo hecho de superpuestos estratos. Somos propensos a las ideas fijas y por eso nos aplicamos sobre conceptos matrices, que procuramos disimular con las posibles elegancias: tenemos un pagano concepto de las celebraciones religiosas, gustamos con paladeo la vida terrenal, a pies juntillas creemos en el destino, odiamos al que se ensoberbece y adornamos lo humilde con todas las galas de que intenta adornarse lo eterno. Somos fenicios, griegos, latinos, africanos y europeos en una misma pieza.

De tal maremágnum de complejidades ha surgido un estilo de vivir y también un estilo de interpretar la vida. No puede resultar extraño que nuestra poesía se afinque en tales presupuestos estilísticos. Ni puede desconcertar el hecho de que nuestros lícitos modos de afirmación deban remachar esas peculiaridades.

La voz plural de Andalucía se manifiesta a través de sus segregados cantores solitarios: llámense Muccadam el de Cabra, Bécquer o Cernuda. Y son esos solitarios, muchos de ellos aparentemente desarraigados de su medio andaluz, los que más finamente



BOLETÍN AEPE Nº 24. Alfonso CANALES. LA POESIA ANDALUZA DE HOY
Centro Virtual Cervantes

calan en su espíritu y lo universalizan. También suelen ser los que, disimulando su arraigo, inventan nuevos modos de ahondar y nuevas formas con las que decir lo hondamente sentido.

Los grupos, las levas generacionales y las revistas que encarnan a unos y otras, suelen servir de medio para que, a la postre, se perfilen con nitidez los acentos de unos pocos que, a su vez, serán semillas de nuevos jardines cerrados, sobre cuyas bardas pronto destacarán las frondas de dos o tres árboles señeros.

Porque no nos engañemos pensando que Andalucía es una reserva en la que, a falta de otros empeños, ofrecemos al mundo una inusitada floración de devotos adoradores de lo inútil (la poesía, ya lo dijo Hölderlin, es el más inútil de los menesteres). Es verdad que aquí la poesía es una endemia, pero sólo quedarán los que se curen con rigor de las nocivas espontaneidades que esa endemia comporta.

Nuestro deseo de guardar las formas, cuando las realidades invitan al grito desvencijado, ha hecho que muchas veces se nos tache de superficiales, de preocupados por la palabra más que por su contenido. Pero el contenido de la palabra es la palabra misma: sólo conformándola —o deformándola— podemos hacer que nos siga diciendo aquello para cuya significación fue creada, o que anuncie inéditas significaciones.

No es más andaluz el poeta que canta el desmedro de los campesinos, la tragedia de los emigrados o la bandera verde y blanca. Tampoco lo es el poeta conformista que obtiene la flor natural —con su adyacente sobre—, haciendo sonetos a la maceta de albahaca, al jalbegue de los caseríos, al vino de Jerez o a los toros que pastan en las cinco mil hectáreas de un solo dueño. El poeta auténticamente andaluz es el que sabe conservar y fomentar las peculiares maneras con las que los grandes cantores de esta tierra, casi siempre recluidos en su soledad, han logrado sacar partido de las sucesivas lenguas que nos fueron suministrando. Desde Séneca hasta García Lorca (y hasta hoy) incubamos una nube de resignación que, periódicamente, estalla en rayos de rebeldía; desde Lucano hasta García Baena recubrimos el sudor y la sangre con dalmáticas ornadas de pedrería verbal; desde Mutasim hasta Quiñones amamos las delicias terrenales y odiamos a quienes nos las hurtan... Nos levantamos desde el pueblo sin querer nunca sustituir su cultura por otra; antes bien, sublimándola, porque sabemos que su aparente pobreza expresiva encierra la única joyería formal con la que podemos adornarnos. Y conseguimos que, con cierta frecuencia, se levanten torres de suma intimidad, con antenas que captan y potencian cuanto por el ancho mundo se inventa o se grita: poetas que parecen traducidos porque no tienen fronteras.

No, no creo en la existencia de una nueva poesía andaluza. Creo en la poesía andaluza de ayer, de hoy y de mañana: la hecha por los poetas válidos con el aliento de los inválidos, que también son necesarios, ya que nunca habrá poetas mayores si su floración no es abonada por los menores.

Creo que Andalucía ha tenido casi siempre poco que hacer (sabe Dios que no por falta de voluntad), pero mucho que decir, y ha contado con la necesaria elegancia para decirlo.

Consigamos que se oiga nuestra voz y que no sea malinterpretada por los oyentes. Sólo pedimos que nos sepan como hemos sido, como somos, como queremos ser. Sin que tengamos que cambiar de voz, enronqueciendo al unísono de los que piensan que el poeta es un fabricante de alaridos.



BOLETÍN AEPE Nº 24. Alfonso CANALES. LA POESIA ANDALUZA DE HOY
Centro Virtual Cervantes

Un sonido, hábilmente llevado hasta el paroxismo de su dulzura o de su profundidad, es capaz de romper una copa o un espejo, de derribar un muro de Jericó, de destemplar el acero de una espada.

Los que sueñan con una nueva concepción de la cultura, deseando —con toda licitud— verla arraigada en un pueblo participante, echan en cara a los más genuinos poetas andaluces de hoy su aparente desentendimiento de los problemas vitales de las clases más heridas por la injusticia: exigen al poeta andaluz que tome una actitud beligerante y que se olvide de las crípticas sutilezas expresivas, de los adornos verbales y del ensimismamiento endiosado. Quizá tengan razón en parte. Pero es notorio que el pueblo, por culpa de quienes debieron ser sus educadores —y, sobre todo, de los educadores de sus educadores—, sólo está preparado para oír el canto llano, por no decir pedestre. Desgraciadamente, la gran mayoría del pueblo andaluz de hoy no está preparada ni siquiera para gustar el verdadero «cante jondo», quedándose en los cursilones subproductos del «flamenco». A esa mala educación contribuye un poco, en nuestros días, la ola de entontecimiento colectivo que vuelcan sobre la juventud la televisión, la radio y las discotecas, ofreciendo un pasto que horada las peculiares formas de manifestación lírica, en favor de un mimetismo extranjerizante. El poeta no tiene la culpa.

En su ensayo «Por un arte no autoritario», publicado por Guillermo Carnero en la revista «Camp de l'arpa», el poeta levantino aborda el tema con suma agudeza:

> «La idea de un sub-arte especial para la clase obrera —dice Carnero— sólo aspira a perpetuar el acceso discriminatorio a la educación y a la cultura. Como dice Brecht, "lo democrático es convertir el pequeño círculo de entendidos en un gran círculo de entendidos". Afirmar que sólo el realismo de brocha gorda tiene sentido en un proceso de cambio social es reaccionario, tanto en lo político como en lo específicamente artístico. Cultura para todos al más alto nivel... El arte panfletario, si se le concibe como actitud excluyente y exclusiva..., tiende más a expulsar ciertos demonios de la conciencia del artista que a cooperar efectivamente en lo que debe ser construido.»

El mismo Carnero recuerda que Brecht advirtió que no podía considerarse misión política —ni, por supuesto, social— organizar la producción de poesías como se organiza una granja avícola.

Si el andaluz quiere dar fe de su condición de tal, cante como solía, abundando en las maneras que le son propias. Que no nos adoctrinen más de lo que hemos venido siendo adoctrinados por los siglos de los siglos.

Una buena «política poética» andaluza consistiría, en primer lugar, en el fomento de nuestras actitudes y aptitudes vernáculas. En segundo lugar, en la consecución de una crítica autóctona que supiera purgarlas de malformaciones y de ingredientes importados con licencia. Es preciso que el poeta andaluz, a través de esas actitudes y aptitudes, permanezca vinculado a su pueblo (que, en definitiva, es su más inmediato y valedero público). Pero es también necesario que el pueblo andaluz conozca mejor a sus poetas y tome conciencia de que los que más bajan los vástagos son los más conformados con la mediocridad ambiente. Y de que, por contra, los que dan en remontarse —esos árboles cuyas frondas son más altas que el muro de Despeñaperros— cobijan en sus ramas pájaros muy antiguos y muy actuales, cuyo canto fue y es el canto de nuestra tierra: el que hará que se nos oiga siempre en el coro de los que tienen algo que cantar.



BOLETÍN AEPE Nº 24. Alfonso CANALES. LA POESIA ANDALUZA DE HOY
Centro Virtual Cervantes